

LIBROS

Un zamorano contra el texto del mundo

El descubrimiento o la convicción de que el lenguaje es el problema central que afronta cualquier especulación acerca del mundo y el único camino válido, tanto para la crítica como para la consolidación de lo real, es el núcleo del pensamiento occidental del siglo XX. Parece absurdo hablar de una «filosofía lingüística»; tras Hegel, Nietzsche y Freud, toda filosofía es lingüística, incluso el huero pasatiempo que se vende en las Universidades como sabiduría, y esto, aunque no fuese más que por aquello de que nunca falta el crítico que le recuerde su carácter verbal y desmonte lingüísticamente sus falacias pretenciosas.

De cualquier modo, existe en la taxonomía cultural vigente una tal «filosofía lingüística», situada por el ámbito anglosajón de los residuos positivistas y analíticos, deudora fundamentalmente de Wittgenstein y atenta a los logros de los lingüistas «científicos» o «profesionales», es decir, «no filósofos», tales como Chomsky, Saussure o Benveniste. Se supone que tal «filosofía lingüística» debería elaborar un modo de pensamiento crítico que diese cuenta —y se diese cuenta— de las funciones del lenguaje y sus relaciones con el mundo, la sociedad, etcétera... Lo primero que sorprende al examinar esta «filosofía lingüística»

ca», centrada en un tema de tan inagotable y multiforme interés, es la aplastante pobreza de sus logros, si se los compara, no ya con las clásicas y aún insuperadas visiones de los mencionados Hegel, Nietzsche o Freud, sino con las reflexiones críticas de cualquiera de los grandes especialistas «no filósofos» sobre la disciplina lingüística. Repasando textos recientes de autores españoles sobre el tema, como las «Indagaciones sobre el lenguaje» o «Las palabras y los hombres», de Ferrater Mora, o «Filosofía y lenguaje», de Emilio Lledó, uno quisiera reiterar aquellas palabras de De Maistre: «Su mérito se reduce a repetirnos, con la elocuencia de un almanaque, lo que todo el mundo sabe o lo que nadie tiene necesidad de saber». Los textos de grandes lingüistas, como un Benveniste o un Chomsky, por seguir con los ya mencionados, son infinitamente más sugestivos y esclarecedores desde todo punto de vista; pero, a veces, adolecen de esa especie de envaramiento, la torticolis del especialista, a que la división del trabajo les constriñe: uno quisiera que ampliases su ángulo visual, que se decidieran a abarcar mayor número de relaciones, que se arriesgasen a no circunscribirse tan respetabilísimamente a «lo suyo», no sea que «lo suyo» sea también todo lo demás.

Pero es posible, aunque claro está que no para todos, evitar la falsa antinomia demasiado alegremente aceptada de la vulgaridad inane del «filósofo» frente a la perspicacia microscópica del especialista. La mejor prueba de ello que conozco —y en este caso es gozoso poder suprimir la

habitual coletilla «en España»— es el «Lalia» de Agustín García Calvo (1). El mundo alza su discurso, que pretende distinto de sí mismo, como explicación total y plenamente satisfactoria de sus complejidades, traje sin remiendos que se ciñe ajustadamente a las formas de su cuerpo; lo existente, lo decible y lo pensable concuerdan sin rechinamiento alguno y la palabra es expresión dinámica que custodia el estatismo del ser: la voz dice la cosa en pretendida obediencia a la realidad de la cosa misma, pero el mensaje de la voz es que la cosa misma —la realidad— debe ser obedecida. Ningún lazo se presenta tan inatacable como el que liga el lenguaje con aquello de lo que el lenguaje habla; ese mismo lazo es perdedero de toda rebelión, que se debatirá entre las creencias opuestas —secretamente equivalentes— de suponer que la palabra es luz y razón en lucha con la siniestra tiniebla de la cosa o, en otro caso, que la inocente realidad es corrompida por el dominio del discurso que la envuelve; habitante de dos mundos distintos pero idénticos, espejos contrapuestos por los que, de uno a otro, resbala la vaciedad, el rebelde, es decir, cualquiera —tú o yo, en nuestros momentos menos prefigurados—, pasea su dolor y golpea siempre la sombra equivocando el bulto. ¿Cómo se formula el ataque contra lo que permite toda formulación? ¿Desde dónde decir algo contra el lenguaje? pero quizá la relación entre lenguaje y mundo no sea tan transparente como el orden impone creer, qui-

(1) «Lalia». A. García Calvo. Ed. Siglo XXI, 1973.

zá esa dualidad misma, aparentemente infrangible, sea mentirosa argucia del dominio; el traje que se presentaba como perfecta creación a medida tiene desgarrones frágilmente cosidos con hilo rojo; las palabras que reiteran la inexorable ley de la muerte tiemblan a veces de contradicciones por las que fulgura un momento la muerte de la ley. A la detección y puesta de relieve de tales fisuras van dedicados los ensayos de «Lalia».

Pasen y vean: allí, la resistencia que la dialéctica ofrece a plegarse a los dictados lingüísticos —perdonad la redundancia— de Stalin; allí, el siempre irredento misterio de la traducción, que supone un sentido único más allá de los sentidos; allí, la causa y el fin, con el acta de su oscuro nacimiento; vean el orden de prioridad entre lo natural y lo histórico, con la niña que hace la luz apagando la llama; más allá pueden ver la racionalidad más razonable que la razón misma de un editorial periodístico o las implicaciones de la guerra total, según otro texto del mismo género; disfruten con una breve excursión por lo irracional, la magia y lo psicodélico, con parada en el Amor y visita a la Muerte; ¿qué ateo que se precie se resistirá a conocer las dificultades del ateísmo, reveladas por un examen de la Realidad?; y allí, más difícil todavía, la auténtica y propia clasificación de los colores —pace Newton y Goethe—, las palabras y las cosas, el tú y el yo o esa cerveza que bucea para establecer su propaganda en las públicas intimidades de nuestra alma; vean y regocíjense con esos imposibles «nos amo» y «me amamos», que postulan qui-

VICENTE ALEIXANDRE: SETENTA Y CINCO AÑOS



El 26 de abril de 1898 nació, en Sevilla, Vicente Aleixandre. Hoy, a sus setenta y cinco años, Aleixandre es un poeta vivo y actual, cuya entrega a la poesía no le impide seguir con preocupación los problemas que más gravemente pesan sobre su país: el de la libertad y el de la justicia. Hablar con Aleixandre hoy es comprobar que sigue alerta y vivaz su mirada

sobre el mundo y sobre las nuevas corrientes del arte y de la poesía. Y que su profundo entendimiento de la juventud no ha menguado al doblar el cabo de tantos años de experiencia humana y poética. Es ese entendimiento, no frecuente en los poetas de larga edad, lo que explica el fervor con que buena parte de la juventud poética española se ha aproximado a la obra de Aleixandre. Desde el día siguiente a la terminación de la guerra civil española, Aleixandre fue, y sigue siendo para muchos de los jóvenes poetas que a él se acercaban, un constante estímulo, y en no pocos casos una compañía alentadora y una amistad sin fallos. A medida que su obra poética crecía en hondura y belleza, crecía también la rumorosa y juvenil peregrinación a Wellingtonia, 3, la casa del poeta en el parque Metropolitano, fronteriza de la Ciudad Universitaria. La misma casa a la que, hace treinta y ocho años,

zú una comunidad prohibida, pero necesaria.

García Calvo sabe escribir en castellano, lo que quizá suponga una dificultad para los lectores ya desacostumbrados a topár con tales prácticas; trabaja un espléndido estilo, que se arriesga de lo majestuoso a lo balbuceante, en constante persecución de la cosa y en perpetuo repudio de sí mismo. Leerle es asistir al fascinante y desconsolado espectáculo de la plena lucidez en marcha: nada acompaña tanto, nada condena tan irremisiblemente a la soledad.

Así este hijo predilecto de Zamora la Otra, que renunció a Zamora para vivir plenamente la inconcebible aventura de ser más o menos zamorano, ha tendido su

decidida zancadilla al Señor; y su libro es sólo un libro, pero encierra una imprevisible amenaza, y nosotros que lo leemos sólo somos nosotros, pero vaya usted a saber, y todo sigue igual, pero sólo el siglo que renuncie al tiempo nos dirá hasta dónde puede permitir el Orden que se llegue demasiado lejos. ■ FERNANDO SAVATER.

Aspectos lingüísticos de la ciencia

Leonard Bloomfield es, sin duda, el precursor del estructuralismo norteamericano. Junto con el suizo Ferdinand de Saussure, es uno de los anticipadores de la lingüística moderna, una